

FRONTERAS MÚLTIPLES: RECONFIGURACIÓN DE EJES IDENTITARIOS EN MIGRACIONES CONTEMPORÁNEAS A LA ARGENTINA *

Sergio CAGGIANO **

Estudiar las identidades desde una perspectiva constructivista y relacional significa problematizar muchas de las respuestas preconcebidas en torno de la estructuración social y de los modos de conformación de colectivos sociales. Se trata de poner en suspenso una concepción de la sociedad como todo estructurado cuya lógica interna es conocida de antemano, y de la que se conocen de antemano también los grupos o sectores que la integran, los modos en que unos marcan sus diferencias respecto de los otros, y los intereses y propósitos que los reúnen y movilizan (o los que se presume deberían hacerlo). La emergencia del interrogante acerca de la constitución de *identidades sociales* puso de relieve, entonces, las dinámicas contingentes, localmente condicionadas y conflictivas de la conformación de grupos y colectivos, y enfatizó el carácter abierto de lo social.

Sin embargo, interrogarse por las migraciones inter-nacionales supone aceptar, al menos en principio, la importancia de las fronteras nacionales (de su papel referencial, de su atravesamiento) como punto de partida de nuestra exploración y de nuestra reflexión. En rigor, no hay contradicción entre la aceptación de este punto de partida y la perspectiva constructivista relacional, puesto que es metodológicamente necesario asumir un punto que fije *provisionalmente* nuestro enfoque ¹. Lo que debe evitarse es convertir este requi-

(*) Agradezco la lectura y comentarios de Elizabeth Jelin, Alejandro Grimson, Mariela Ceva, Santiago Canevaro y Corina Courtis a una versión anterior de este texto. Ninguno de ellos es responsable por los eventuales errores que este trabajo pudiera contener.

(**) *Instituto de Desarrollo Económico y Social - Universidad Nacional de La Plata - Universidad de Buenos Aires.*

¹ Una pregunta por las migraciones es siempre una pregunta acerca de flujos que atraviesan fronteras (físicas o simbólicas). Por definición, entonces, hay siempre una caracterización

sito metodológico en un principio ontológico, para poder así mantener la atención sobre la historicidad y el dinamismo de los procesos identitarios.

Los fenómenos migratorios constituyen un campo que puede permitirnos apreciar con claridad algunos rasgos definitorios de estos procesos. A la vez, la consideración constructivista relacional de las identidades puede ayudarnos a comprender la complejidad de las migraciones internacionales, en lo que concierne a la *imaginación de comunidades* y a la re-configuración de colectivos sociales.

En este trabajo sostengo que en los contextos posmigratorios se dan modos singulares de transformación del papel de los *ejes identitarios*² (nacionales, de clase, regionales, de género, etcétera), y de la relación entre ellos. Pro-curo mostrar un reacomodamiento tanto en la función de estos ejes como en su articulación. Dos presupuestos teóricos constituyen el fondo común para mis postulados. El primero, acerca de la efectividad de las *fronteras físicas geopolíticas*³ que, no por arbitrarias son ineficaces. Muchos autores han enfatizado lo que de efectivas tienen en su función prioritaria de separar y distinguir (y de someter a expulsiones, muchas veces violentas) a los actores a uno y otro lado de la *línea* divisoria, y han insistido en los alcances que el establecimiento de fronteras (nacionales, en principio) tuvo históricamente. Aun en Latinoamérica, donde casi ninguna frontera nacional coincide con una diferencia cultural previa, estas invenciones o artefactos no por el hecho de ser tales han sido poco potentes: significan para las poblaciones involucradas mucho más que un artificio sobrepuesto vana o inútilmente sobre un espacio de pretendida hermandad anterior conservada⁴. A la vez, y estamos ya en el

de dichas fronteras de acuerdo con algún criterio (nacional, étnico, racial, etcétera) que funciona como punto de partida de nuestros interrogantes. El problema sólo aparece con la fetichización de tal criterio.

² Utilizaré indistintamente “ejes” y “dimensiones” para referir a lo nacional, lo étnico, la clase, el género, etcétera como elementos potencialmente actualizables en un proceso identitario. Cada término enfatiza rasgos que creo necesario tomar en cuenta. “Eje” permite resaltar la posibilidad de los cruces y relaciones diversas entre aquellos elementos, y llama la atención sobre la *interseccionalidad*, en el sentido en que la desarrollara Crenshaw (1991). En un sentido aproximado, otros autores han trabajado la idea de *ejes de identidad* y de *ejes de diferencias* (Gillespie, 1997). La noción de *dimensión*, a su vez, evita el sesgo lineal y cierta rigidez de la noción de “eje”, y pone en primer plano el espesor de los elementos intervinientes, y su carácter no necesariamente homogéneo.

³ *Ejes identitarios* y *fronteras* se encuentran íntimamente ligados. En un sentido, muchas veces las identidades parecen ajustarse a fronteras físicas ya definidas. En otro, precisamente estos mismos *procesos identitarios* establecen fronteras *simbólicas* entre los distintos grupos sociales. Como puede verse, “*frontera* fue y es simultáneamente un objeto / concepto y un concepto / metáfora. De una parte parece haber fronteras físicas, territoriales; de la otra, fronteras culturales, simbólicas” (Grimson, 2000: 9).

⁴ En este sentido, “en un esfuerzo teórica y políticamente orientado a deconstruir las identificaciones nacionales a veces se ha puesto un énfasis excesivo en la ‘inexistencia’ de las

segundo de los presupuestos teóricos, significan mucho más que una suerte de invitación al cruce innovador, generador de revisiones y reformulaciones identitarias. Frente a la visión a veces romántica de la creatividad y fluidez que supondrían las fronteras como metáfora de las identidades “lábilas”, se pone de relieve la crudeza y conflictividad de las fronteras (físicas y simbólicas) y de su “atravesamiento”⁵.

Desarrollaré tres hipótesis diferentes y complementarias que pueden exponerse sintéticamente de la siguiente manera:

- El asentamiento progresivo de “una colectividad” inmigrante conlleva transformaciones en el modo en que los ejes identitarios se vieron afectados por y se activaron en un primer momento del proceso migratorio. En determinadas condiciones, el reordenamiento producido, puede consistir en una recreación de funcionamientos identitarios similares a los del lugar de origen.
- En el interior de un mismo estado nación, diferentes lugares de destino (i. e. diferentes espacios ambientales, históricos, económicos, sociales y culturales) producen distinciones en el carácter que tendrán los ejes identitarios y en los modos en que se articulen.
- En determinadas circunstancias, las transformaciones en la percepción, experimentación y valoración de ejes identitarios como el género se explican fundamentalmente en relación con el funcionamiento de un marco sociosimbólico nuevo que el contexto posmigratorio ofrece.

(Neo)nación y regiones

Las nuevas condiciones de vida en la sociedad de destino suelen generar en los inmigrantes un remozado sentido de pertenencia nacional. La nación como *comunidad* imaginada (Anderson, 1993) puede adquirir entonces un carácter inédito hasta entonces, no sólo por su intensidad sino por su naturaleza.

Refiriéndose a lo que sucede en el contexto de Buenos Aires y el Río de la Plata, algunos investigadores han subrayado cómo entre ciertos inmigran-

fronteras para las poblaciones locales, produciendo una imagen congelada previa a la construcción del Estado, como si sus constantes intervenciones y sus complejos dispositivos hubieran podido no afectar y no involucrar de ningún modo significativo a las poblaciones locales (...). Pretendiendo mostrar que las fronteras nacionales son un producto histórico, contingente, se puede terminar afirmando que sólo existen en los mapas” (Grimson, 2000: 201 y ss.).

⁵ Vila ha enfrentado, por ejemplo, la noción del *reforzador de fronteras* a la del *cruzador de fronteras*, y ha resaltado algunos peligros que esta última idea puede llevar aparejados (Vila, 2000).

tes se produce un reforzamiento del eje nacional como espacio identitario. Producto de esta reconfiguración identitaria, distinciones que en el lugar de origen distribuyen (y a veces enfrentan) diversos grupos sociales, ya en la nueva situación originada por el viaje y el asentamiento en el lugar de destino pierden en un alto grado su peso, para dar lugar a un espacio simbólico mayor de reconocimiento mutuo, que se circunscribe con arreglo a los límites nacionales. Grimson analizó, para el caso de los bolivianos en la ciudad de Buenos Aires, el proceso de etnización mediante el cual se genera una *nueva bolivianidad* en esta ciudad. “La nueva bolivianidad subordina las identificaciones y distinciones de etnia, clase y región que existían en Bolivia a una etnicidad definida en términos nacionales, reuniendo un conjunto de elementos provenientes de distintos momentos históricos (...) y de diversas regiones geográficas y culturales” (Grimson, 1999: 178-180). Frente a los regionalismos aparece “una identidad más abarcadora (y) las poderosas identidades regionales dejan paso a un proceso de reconstrucción de una dinámica identitaria vinculada a la nación” (Ibidem: 180).

Algunas de las condiciones nuevas que la situación posmigratoria presenta nos ayudan a comprender la diferencia y el cambio. Aparecen nuevos interlocutores (miembros de la “sociedad receptora”, *paisanos* llegados con anterioridad, migrantes de otras procedencias) ante los cuales y con los cuales poner en marcha el juego de auto y heteroidentificación. Comúnmente, el Estado Nación de procedencia, de importancia capital como nominador y clasificador social en el pasado premigratorio pierde fuerza hasta casi desaparecer, y no es en ningún sentido reemplazado por los organismos oficiales que lo representan en el país de destino (Embajadas, Consulados). Es por esta razón que se trataría de un proceso de *etnización* en términos nacionales, y no de un proceso de *nacionalización*, puesto que el Estado no es aquí una referencia central (Ibidem: 177-178). Es un proceso eminentemente cultural y que toma forma desde abajo, y no predominantemente político y desde arriba⁶.

En una investigación finalizada a comienzos de 2000 pude corroborar en sus líneas centrales esta tesis de la re-creación de una nueva nacionalidad (en particular, la *neobolivianidad*) entre los inmigrantes bolivianos en La Plata. Esta ciudad y Buenos Aires ocupan una región común, sobre el Río de La Plata (ver Mapa 1), y comparten algunos rasgos sociohistóricos, económicos y culturales definitorios. La Plata es una ciudad de unos 700.000 habitantes y es la capital de la Provincia de Buenos Aires. La historia de las migraciones constituye un eje nodal de su historia, desde su fundación a fines del

⁶ Con palabras de Grimson: “(l)a transformación de una nacionalidad vinculada a un ‘Estado nación’ en otra vinculada a una ‘cultura nación’ implica el paso de un nacionalismo cívico débil y en permanente crisis propuesto *desde arriba* a un etnicismo –o, si se prefiere, nacionalismo étnico– fuerte y, quizás, en creciente consolidación construido *desde abajo*” (Ibidem: 189).

MAPA 1

Región de San Salvador de Jujuy, al norte
Región del Río de La Plata (Buenos Aires y La Plata), al centro



siglo XIX. La importancia de las migraciones transatlánticas en su formación está fuera de dudas. Según el Censo de 1884, la población masculina local de argentinos sumaba solo el 16,4 por ciento; el resto se repartía entre italianos, en su mayoría y, en menor medida, españoles, franceses, suizos y otros.

En aquella investigación, no obstante comprobar la vitalidad de otros ejes (lo étnico-racial y la clase, de manera principal) entre los bolivianos en La Plata (y apuntando que esto podía estar ligado a características propias de la conformación social de esta ciudad; cfr. Caggiano, 2001), se confirmaba la presencia de aquel mecanismo de etnización en clave nacional. Esto podía observarse no solamente en el material oral recogido en entrevistas con los inmigrantes. También se verificaba la transformación de ritos y celebraciones (como el de la Virgen de Copacabana) que modificaban su carácter local o regional de origen, convirtiéndose en el lugar de destino en referencia *nacional*. Asimismo, el Centro de Estudiantes y Residentes *Bolivianos* aparecía como el organismo que congregaba a toda “la colectividad” boliviana en la ciudad.

Sin embargo, desde entonces se desarrolla un proceso que transforma considerablemente esta situación, y que parece no haber concluido aún. Inmigrantes bolivianos entrevistados recientemente señalan de forma reiterada la existencia de un fuerte *regionalismo* que distingue y separa a los bolivianos en la zona. La re-creación del sentimiento de pertenencia regional puede ser vista, por aquellos que la adjudican a un grupo al que no pertenecen, como un problema y como un obstáculo para lograr una genuina “integración”. Al mismo tiempo, otros la ven como un logro de sus propios *paisanos*. Unos y otros suelen coincidir en que se trata de una consecuencia previsible del proceso de establecimiento de los migrantes.

«(Después de llegar) los primeros inmigrantes tarijeños trajeron sus parientes, familiares. Lo mismo sigue ocurriendo ahora, sólo que se va agrandando. Y se afincaron en una sola región (...) Y ahora empezaron la movida, o sea a difundir su tradición (...) Los tarijeños, en especial, y los cruceños, son muy cerrados» (Álvaro)⁷.

«Ellos tienen su música, su gente, sus cosas. Entonces es lógico: tarde o temprano se van a formar... Como si hubiera muchos cochabambinos, se haría, como si hubiera muchos paceños se haría igual. Donde hay mucho amontonamiento de los mismos (provenientes de una misma región de Bolivia), se va a formar algo. Esto es lógico». (Rossi)

⁷ Los nombres utilizados son ficticios, para proteger la intimidad de los entrevistados.

En la primera de las citas se aprecia un aspecto que es pertinente resaltar: la importancia del afincamiento de los inmigrantes en una misma zona, una vez arribados. Para casi la totalidad de los platenses esta distinción resulta sin dudas imperceptible. Pero para los bolivianos de La Plata y alrededores parece claro que a la regionalización en Bolivia corresponde una división de barrios o zonas en el lugar de destino. En el cinturón perirural de la ciudad (Romero, Lisandro Olmos, Colonia Urquiza, Etcheverry, Arana, etcétera) se instalan de manera mayoritaria los tarijeños y, probablemente en número menor, potosinos venidos de zonas rurales. En Tolosa, en un espacio urbano unido al casco de la ciudad de la Plata, a unas 35 cuadras del principal centro comercial, se ubican prioritariamente los cochabambinos. Al otro lado de la ciudad, hacia el este, se ha formado en los últimos años un pequeño asentamiento que reúne inmigrantes provenientes de Sucre⁸.

Entre fines de 2001 y el año 2002, además, algunos hechos pusieron en entredicho lo que hasta entonces parecía la representación única de “la colectividad” por parte del Centro de Estudiantes y Residentes Bolivianos de La Plata. En Lisandro Olmos, uno de los barrios de la franja perirural, se creó el “Club Tarija”, el cual, además de la interpelación directa contenida en su nombre, organiza actividades cargadas de referencias a aquel departamento boliviano (la chacarera y otras músicas y danzas, comidas, juegos populares como la taba, etcétera). También funciona un “Centro Cultural Chapaco” que realiza tareas diversas (en general en la forma de talleres de enseñanza) que, no obstante ser menor en su capacidad de convocatoria, es igualmente significativo en cuanto al sesgo regionalista de sus acciones. Por su parte, en el mencionado barrio al este de la ciudad, un local en el que se realizan fiestas y se sirven comidas “típicas” de Sucre, el “Rincón Chuquisaqueño”, se volvió un espacio de encuentro para los inmigrantes de aquella región, radicados allí.

Con el paso del tiempo parece producirse, entonces, una suerte de asentamiento de “la colectividad”. Y esto lleva precisamente a que “la colectividad” como tal deje lugar a “las colectividades” que la conforman. Para un grupo de inmigrantes que se considera hasta entonces relativamente homogéneo de acuerdo con algún eje (el nacional, en nuestro ejemplo), este asentamiento significaría la posibilidad de *re-crear* diferencias y tensiones que, en el lugar de origen, cortaban internamente dicho eje⁹. Con mayor precisión, este

⁸ El festejo de la Virgen de Urkupiña desató el último año (2002) un conflicto de poca dimensión, pero significativo para nuestros objetivos: ante algunos signos de los pasantes y padrinos (de Tolosa) que indicaban la suspensión o reducción de los festejos, algunos habitantes del tercero de estos barrios disputaron el derecho a “pasar” la Fiesta, e incluso se habló de la posibilidad de reclamar que la Fiesta (y la Virgen) se trasladaran a esta última zona.

⁹ Esta re-creación, desde luego, no es la reproducción de un modelo anterior recuperado, sino la producción de una nueva dinámica que pone en juego una multiplicidad de aspectos que atañen al recuerdo de aquel modelo tanto como a las nuevas condiciones que la situación posmigratoria supone (las cuales revierten, a su vez, sobre aquel recuerdo).

“asentamiento” estaría dado por la combinación de varios elementos, entre los que desatacan la posibilidad de un reagrupamiento social a partir de la llegada de *paisanos* de un mismo pueblo o región, y el mejoramiento relativo de las propias condiciones de vida. Podría decirse, entonces (aunque no se cuente con datos estadísticos ajustados), que elementos relativos a la llegada de flujos migratorios procedentes de diferentes zonas de un mismo país se combinan con elementos relativos a la sucesión de cohortes migratorias en el lugar de destino.

Se produce así un reordenamiento de la pauta identitaria, que en nuestro caso resulta en un reforzamiento de la dimensión regional, frente a un momento previo de mayor peso de la nacional. Como consecuencia de ello, ambas dimensiones (y la relación entre ellas) son cualitativamente transformadas.

Entre los bolivianos en La Plata (y el Gran La Plata) vemos darse varias de las condiciones que Altamirano y Hirabayashi creen necesarias para la conformación de identidades regionales. Se cuentan entre las principales, en el “punto de origen”: orígenes geográficos comunes (una región o una localidad), un *background* social, económico y cultural similar, “identidad étnica”; en el “punto de destino”: cercanía residencial, ocupaciones similares o segmentación social común, “barreras” sociales y culturales compartidas. Los autores agregan que las identidades regionales pueden pensarse en torno de cuatro cuestiones que los migrantes buscan atender: la “necesidad de comunidad, servicios, empleo, y empoderamiento político” (Altamirano y Hirabayashi, 1997: 14 y 15). Esto está ligado íntimamente a la problemática de las *redes sociales*, que ha sido desarrollada con amplitud en el campo de estudios migratorios¹⁰. La tesis de Grimson sobre la etnización en términos nacionales, en este sentido, señalaba como una razón fundamental para la conformación de la *neobolivianidad* en Buenos Aires la posibilidad de construir a partir de ella una *red social* capaz de facilitar la obtención de documentación, vivienda, trabajo, y un lugar como interlocutor de cara a la sociedad receptora (Grimson, 1999).

Precisamente, lo que el creciente asentamiento permitiría es la conformación de *redes sociales regionales*, “restringidas” a la zona o localidad de procedencia de los inmigrantes. De un lado, porque se favorece una distribución geográfica diferencial en el lugar de destino. De otro, porque la consecución paulatina de cierta posición económica y social posibilita disponer de tiempo que se podrá dedicar a la creación de asociaciones o instituciones, además de un nivel de consumo indispensable para el desarrollo de muchas de sus actividades, que son las que facilitan el encuentro con los *paisanos*. La distribución regional se vuelve no sólo geográfica sino también simbólica.

¹⁰ Puede citarse, entre los principales, Portes y Borocz (1992), Woods (1992). Para el caso de migraciones bolivianas a la Argentina: Benencia y Karasik (1994), Archenti y Ringuelet (1997), Grimson (1999).

Sin dudas estos elementos correspondientes al “asentamiento progresivo” de “la colectividad” no son suficientes para explicar la creciente presencia de los *regionalismos*. Para completar el cuadro sería preciso considerar características específicas que presenta un contexto posmigratorio complejo: por un lado, una singular diversidad en la migración boliviana a esta región; por otro, las condiciones de recepción de la sociedad local. Algunos de estos puntos son considerados en el apartado siguiente.

Lugares de destino y reconfiguraciones identitarias

La segunda hipótesis sostiene que las diferencias de destino dentro de un mismo país producen diferencias en la naturaleza de los ejes identitarios y su articulación. Esta idea puede parecer evidente, pero es común que los análisis sobre migraciones refieran a una sociedad receptora *nacional* y así, acaso por efecto de una naturalización ingenua, descuiden particularidades determinantes.

En un trabajo anterior (Caggiano, 2001) di cuenta de significativas diferencias en el modo en que las dimensiones nacional y regional tomaban parte como elementos de identificación entre inmigrantes provenientes de Bolivia en la ciudad de La Plata, por un lado, y en San Salvador de Jujuy, por otro ¹¹.

Mientras que en la primera de las ciudades se verificaba por entonces la ya aludida fuerza de la nación como criterio para distinguir un *nosotros* de un *ellos*, en San Salvador se manifestaban fuertes identificaciones que no se ajustaban a aquel criterio. Por supuesto, en este caso las autodefiniciones en términos de la *bolivianidad* no desaparecían, pero sobresalían, atravesándola, otras dimensiones de referencia identitaria que ponían en suspenso el supuesto según el cual las divisiones socioculturales reproducen las divisiones políticas entre los Estados.

De acuerdo con aquel trabajo el terreno simbólico de lo *boliviano* en Jujuy parece agrietarse y dejar brotar múltiples zonas diferentes. Diversas líneas de separación y agrupamiento surcan ese terreno. Las zonas que estas líneas dibujan son heterogéneas, y pueden pensarse como capas que se superponen sin coincidir necesariamente en sus bordes y divisiones. Entre estas distintas líneas de separación / agrupamiento, una de las que continúa tenien-

¹¹ San Salvador de Jujuy, que cuenta con unos 250.000 habitantes, es la ciudad capital de la Provincia de Jujuy, que limita al norte con los departamentos de Potosí y Tarija, en el sur de Bolivia (ver Mapa 1). La llegada de bolivianos a la provincia de Jujuy suele fecharse alrededor de mediados del siglo XIX, aunque los desplazamientos y contactos poblacionales en la región tienen una historia mucho más larga, previa a la conformación de los estados nacionales.

do gran peso es la que distingue *kollas de cambas* ¹². También tiene fuerza, no obstante, la clasificación más restringida que indica la ciudad, pueblo o departamento de origen como punto de referencia. Entonces, entre los kollas, por ejemplo, tendremos *paceños*, *cochabambinos*, *orureños*, etcétera que, vale la pena aclararlo, no sólo se nombran entre sí como diferenciados, sino que ponen en movimiento una serie de prácticas en las que la distancia se pone de manifiesto: festejos de distinto tipo, que van desde las celebraciones patronales en términos locales (vgr. la de la Virgen de Urkupiña entre los cochabambinos) hasta los aniversarios departamentales, son buenos ejemplos. El caso de los *tarijeños* (de quienes Karasik y Benencia han dicho que “han llegado a constituir *comunidades de migración*”; Karasik y Benencia, 1998-1999: 579) agrega complejidad en la medida en que suelen apelar a una diferenciación que hace variar nuevamente nuestro mapa: “*los del norte*” / “*nosotros*” o, “*ellos*” (*kollas y cambas*) / “*nosotros*” (*chapacos*) ^{13/14}.

Algunos pasajes del trabajo de campo ilustran brevemente lo expuesto hasta aquí ¹⁵:

«Con los cambas, como nosotros (los kollas) los llamamos, nunca nos hemos juntado. (...) Con los cambas nos agarramos a pelear porque son cambas; no nos llevamos. Los cambas no nos quieren a nosotros. Podría decirse que son agrandados y más abiertos (que nosotros) (...) Los bolivianos son muy diferentes... entre cochabambinos, paceños, cambas, orureños, tienen tradiciones diferentes (...) Los cambas son diferentes... el mismo color de la cara y la piel; son más blancos, más tirando a pálidos; lo que pasa es que por ese lado parece que ha habido una inmigración de europeos y por eso son blancones, altos» (Victor, cochabambino).

¹² “Kollas” denominaba originariamente a grupos indios del altiplano, y “camba” proviene de “cambá”, que significa “negro” o “moreno” en guaraní. La diferencia entre kollas y cambas, que presenta un importante peso en Bolivia, refiere a una gran distinción regional entre el Altiplano y el Oriente. Ambas regiones se distinguen cultural, social y económicamente desde antes de la colonia, constituyendo parte del “mundo incaico” una, y del guaraní, la otra, y luego de la colonia, recibiendo de manera diferencial influencia española, migraciones, niveles y tipos de desarrollo económico, etcétera.

¹³ Muchos *bolivianos* en Jujuy incorporan además, de modo directo o indirecto, una distinción que en ocasiones se vuelve fundamental y que está dada por la separación entre *campo* y *ciudad*.

¹⁴ En el Mapa 2 pueden apreciarse, a grandes rasgos, las zonas correspondientes a cada una de las tres grandes identificaciones étnico regionales aludidas: *kollas*, *cambas* y *chapacos*. Si se comparan el Mapa 2 y el 3 puede verse la correspondencia de estas regiones con algunos departamentos de Bolivia. Dichas correspondencias no son equivalentes. Mientras en unos casos se da una superposición bastante clara entre lo étnico regional y la división política estatal en departamentos (chapacos y Tarija; cambas y Santa Cruz), en el caso de los kollas la referencia abarca varios departamentos distintos.

¹⁵ Estos aspectos pueden verse desarrollados más extensamente y complementados en Caggiano, *op. cit.*

MAPA 2
Bolivia

Región "Kolla", al noroeste.
Región "Camba", al este.
Región "Chapaca", al sur.





«El tarijeño es muy apartado de toda la parte norte boliviana en su forma de ser, su cultura es muy distinta de la de todos los pueblos de más del norte de Bolivia. No se creen bolivianos, y dicen ‘no somos bolivianos, somos tarijeños’ (...) A las fiestas de los tarijeños (en Jujuy) van algunos (bolivianos de otras zonas) pero no se da mucho» (Edy, tarijeño).

«Nosotros como cochabambinos vamos a las celebraciones de los paceños y si es la de Oruro vamos donde los orureños (...) Tenemos amistad con unos señores que son de La Paz y (con otros) de más abajo, de Oruro, así que nos juntamos Cochabamba, La Paz y Oruro» (Blanca, cochabambina).

«Es de otra ciudad pero es paisano lo mismo» (Agustín, paceño)

«Una señora de Cochabamba le dice a mi señora en la verdulería ‘ah, ¿qué mierda se creen los tarijeños que son?, manga de ignorantes, ¿por qué dicen que son tarijeños y que no son bolivianos?, miren un mapa y vean dónde queda Tarija’ (...) Los bolivianos son muy regionalistas, y acá en Jujuy lo viven con más fuerza a eso. Acá deberíamos sentirnos más unidos, pero no pasa» (Edy, tarijeño).

No me detendré en puntualizaciones acerca de las lógicas y dinámicas singulares de cada una de estas múltiples distinciones. Pueden considerarse en conjunto como diferencias *regionales*. “Las regiones se definen en un doble movimiento: como partes de un todo mayor, y como áreas o zonas relativamente amplias, más amplias que lo ‘local’. En el marco de la historia mundial de los últimos tres siglos, las regiones se fueron definiendo en relación a una unidad administrativa moderna: el estado-nación. Cuando se toma al estado-nación como ese ‘todo mayor’, las regiones son los espacios territoriales contiguos que, por motivos puramente administrativos o como reflejo de alguna característica económica, cultural, social o geográfica (o la combinación de más de una), son definidos como unidades menores dentro del estado-nación.” (Jelin, 1999). Indiscutiblemente, sería útil establecer con precisión las diferencias entre los casos en los cuales la distinción regional parece sobreponerse a una diferenciación étnica “clásica” (kollas / cambas), aquellos en que la distinción se asocia a unidades administrativas (la que separa departamentos o provincias), y otros. Precisamente, el carácter amplio de la definición que utilizamos procura “no aceptar una definición única de región (sino) poner en evidencia que la noción de región es una construcción de carácter cultural, histórica y administrativa. Igualmente, que en todos los casos se trata de una operación simbólica de establecer una frontera, de diferenciar un adentro y un afuera, un nosotros/as y un otro/as” (Ibidem).

Pero lo que nos interesa aquí es la importancia que presentan estas distintas *regiones* como espacios simbólicos de diferenciación y agrupamiento, en los procesos de reconocimiento mutuo que ponen en marcha los inmigrantes *bolivianos* en San Salvador de Jujuy, así como la diferencia que esto supone en relación con lo que sucede en la ciudad de La Plata y la franja rioplatense en general. Como se señaló, el vigor de las regiones allí contrasta con lo que se comprobaba en la ciudad de La Plata: el proceso de construcción de una *nueva bolivianidad*, o de etnización en términos nacionales. Mientras que lejos de la frontera (geográfica), y lejos de Bolivia, los inmigrantes bolivianos en la zona del Río de la Plata re-crean una frontera (simbólica) nacional que puede actuar como punto de identificación (de reconocimiento y diferenciación), en la zona de la frontera (geográfica), en cambio, se revalorizan las identidades regionales de una manera intensa, como si esta ciudad de destino (y a veces un solo barrio de la ciudad) ofreciera la posibilidad de efectuar un rápido viaje en el que se condensaran muchas de esas diferencias, en el que pudieran ser re-encontradas/re-inventadas a cada momento.

Ciertamente, como se señaló, el eje de identificación nacional no desaparece entre los bolivianos en San Salvador. Y por otra parte, también vimos en el apartado anterior que las identificaciones regionales ganaban terreno en La Plata en los últimos años. Es decir, en ambos casos estamos ante un juego de tensiones identitarias en el cual intervienen tanto el eje nacional como los ejes regionales. Estas tensiones no se cierran en la resolución a favor de uno u otro de los ejes; la dinámica histórica constituye la amenaza permanente sobre ese cierre. Pero además este proceso no debería pensarse en términos de proporciones y cantidades. Sirve de poco intentar cuantificar la supremacía identitaria, porque no se trata de unidades discretas acabadas que avanzan o retroceden en relación con otras unidades igualmente discretas y acabadas. No hay solamente “más nación - menos región”, aquí, “más región - menos nación”, allá. Hay mutaciones y reconfiguraciones en lo que tanto la nación como la región *son*, y *puedan* ser, en cada caso. Es necesario, entonces, atender las transformaciones cualitativas (en las partes y en el conjunto) que esas tensiones implican. No se trata de pensar en un proceso de consolidación progresiva de una misma lógica, a medida que nos alejamos de la zona fronteriza hacia la zona central. Se trata de procesos peculiares que se originan en condiciones específicas y se desarrollan con características propias¹⁶.

¹⁶ Considero trascendentales las particulares condiciones de recepción de cada caso. No podemos dar cuenta aquí en detalle de estas condiciones, que involucran desde las características de cada zona, su relación con el desarrollo del país en su conjunto, y la historia migratoria en cada uno de los dos lugares, hasta la denominada “heteroidentificación” (el discurso social general, de instituciones gubernamentales y no gubernamentales, de las industrias culturales y los medios de comunicación locales, etcétera).

La etnización en clave nacional en La Plata se ve modificada. De una parte, la dimensión nacional como referente identitario mantiene su vigencia. En numerosos contextos y situaciones, la apelación a la nación por parte de los inmigrantes sigue siendo clave: ante un eventual empleador que valore la “capacidad de trabajo *boliviana*”; ante instituciones de gobierno (de origen y destino), que atienden temas migratorios en términos nacionales; ante la interpelación general de la sociedad receptora, que desconoce diferencias en el interior de “lo boliviano”; etcétera “Hacia adentro”, en cambio, ese marco se desgrana, y comienzan a re-marcarse distinciones internas a la bolivianidad. El proceso de asentamiento analizado anteriormente origina una suerte de desagregación que resulta en el apuntalamiento de ejes identificatorios más circunscritos. Pero el marco del “nacionalismo cultural *desde abajo*” no desaparece. La impronta de ese primer momento organizacional parece mantenerlo como telón de fondo sobre el que se da la regionalización de hoy.

En San Salvador, en cambio, la referencia nacional entre los inmigrantes aparece, pero es de otra índole. No parece que hubiera tenido lugar aquí algo similar a ese primer momento de “nacionalismo cultural”. En varios de los fragmentos de entrevistas citados antes (en los últimos, con más claridad) puede verse el eje nacional como una búsqueda y un proyecto más que como la constatación de una situación efectiva; en este sentido, parece ser parte de una suerte de declaración de intenciones. Como si el “traslado” de la disputa regional a Jujuy y su enérgica actualización (o, incluso, intensificación) actualizara a la vez una experiencia de lo nacional propia de la formación social boliviana: la de la carencia del marco regulatorio formalmente igualador que lo nacional supondría¹⁷. En este caso, el regionalismo re-actualizado contendría también la re-actualización del trabajo necesario sobre esas diferencias: la búsqueda de una integración nacional.

En conclusión, las consecuencias del cruce de fronteras físicas sobre las fronteras simbólicas serán diferentes según se trate de un lugar de destino o de otro. En nuestro caso, según enfoquemos una zona fronteriza o una zona alejada: el centro geográfico y sociopolítico del país receptor¹⁸. Las fronteras simbólicas de lo regional o lo nacional se actualizarán de modo singular en uno y otro caso. Por otra parte, las modificaciones que afectan al senti-

¹⁷ En esta dirección, y acerca de las dificultades y obstáculos para la nacionalización en Bolivia, cfr. Zavaleta Mercado (1986: 30 y ss.). Calderón y Dandler, por su parte, han insistido en la debilidad de la integración económica del país, y en la consecuente “debilidad de la integración política de la nación” (Calderón y Dandler, 1986: 32).

¹⁸ En este sentido, sería muy interesante analizar de qué modo estas diferencias influyen en biografías migratorias cuyos itinerarios recorren justamente varios de estos distintos destinos (migrantes que transitan el camino –de idas y vueltas– entre Jujuy, Mendoza y/o Córdoba y el Río de La Plata, entre otros) en los que las condiciones de asentamiento, las estrategias llevadas adelante por los inmigrantes, las interpelaciones, etcétera, son diversas.

miento regional, allí o aquí, no puede no afectar al sentimiento nacional, y lo mismo vale para el movimiento inverso, en la medida en que estas fronteras y estos ejes identitarios sólo pueden definirse a partir de las relaciones dinámicas que los conectan positiva o negativamente a los otros ejes y fronteras.

Nuevos contextos y nuevos “marcos”

Los contextos posmigratorios suelen ofrecer a los inmigrantes la posibilidad de contrastar sus formas convencionales de percibir y valorar sus experiencias con otras formas, y otras convenciones para la percepción, experimentación y valoración. Estas otras formas y convenciones pueden activarse como nuevos marcos simbólicos dentro de los cuales dar sentido a las posiciones y acciones propias y de los demás¹⁹. El género, en tanto que eje identitario, puede ser significado y experimentado de manera original a partir del contraste propiciado de este modo. Esta re-significación y re-experimentación, a su vez, tendrá impacto sobre los modos en que se desenvuelvan otros ejes identitarios.

Quisiera comenzar reseñando de forma muy sucinta algunos elementos centrales en la reconstrucción que una entrevistada boliviana hiciera de su historia migratoria:

Blanca decidió emigrar a la Argentina siguiendo a su marido, y en busca de trabajo, porque él “había dicho de apostar por nuevos horizontes por acá, y ver si había una manera de salir adelante”. De acuerdo con su relato, la relación con su marido era difícil por varias razones: además de salir y beber, y descuidar a su familia, su esposo sostenía relaciones con otras mujeres y la golpeaba sistemáticamente. Aparecen claramente entrelazados en la reconstrucción que realiza la entrevistada la afición de su marido por las salidas, el consumo de alcohol y la violencia ejercida contra ella. Llega el momento en que Blanca decide que ella puede salir adelante sola con sus cuatro hijos. La decisión es importante, entre otras cosas, porque involucra un cambio de su propia posición al respecto, de cara al futuro:

«Yo me amargaba y me amargaba, y ya estaba cansada (de mi esposo) y entonces un buen día dije que se vaya y listo, y yo sola los crío (a mis hijos).
No me he vuelto a casar ni nada. Me he puesto de novia y todo pero (...) he dicho ‘yo aquí trabajo y listo’» (Blanca)

¹⁹ Estos marcos simbólicos, desde luego, no son armónicos ni homogéneos, ni se corresponden necesariamente con divisiones geopolíticas como la estatal nacional.

El cambio en su posición hacia el futuro no involucraba tan sólo a su ex marido y a ella misma. Suponía la decisión de transformar múltiples elementos de las relaciones de pareja que pudiera entablar en el futuro. Además de no volver a casarse, describe varias relaciones posteriores en las que los hombres (generalmente argentinos) presentan rasgos antitéticos respecto de aquel a quien define como *el* “hombre boliviano”: “ya no le pegaban”, a la vuelta de su trabajo “la esperaban con la comida preparada”, “la sacaban a pasear sin avergonzarse”, etcétera.

Blanca sugiere un marco explicativo: la mujer boliviana “afrenta mucho más la vida” (que la argentina, como veremos luego), es más trabajadora y más luchadora. A la vez, en San Salvador de Jujuy, donde reside, ella aprendió “a luchar”. Exalta su estima y su agradecimiento a la ciudad: “aquí he aprendido a trabajar, a luchar”. En pocas palabras, construye una historia en la que se muestra como una mujer que luchó contra las duras condiciones que la nueva situación le impuso, y se sobrepuso a ellas en gran medida gracias a las posibilidades que esas mismas condiciones abrieron.

Podría pensarse que nuevas alternativas en el campo laboral, y sus consecuencias directas en el plano económico financiero (i.e. trabajo pago fuera del hogar y manejo de dinero), permitirían a mujeres en la situación de Blanca una mayor movilidad en el interior de sus familias y respecto de sus parejas, en contraste con momentos previos en los que los límites impuestos por la lógica patriarcal fueran más acentuados.

Sin embargo, esta sugerencia da por sentada la presencia de ciertos elementos patriarcales entre los bolivianos que han sido relativizados en algunos análisis. En esa dirección, trabajando sobre migraciones, Balán ha sostenido respecto de los inmigrantes bolivianos en Argentina que “toda la pauta de relaciones conyugales puede sufrir un cambio, pero no en dirección de una relación más igualitaria” (Balán, 1990: 292). Para ello, según el autor, se combinarían variables de la sociedad de origen y de la de destino. Entre las primeras, “el valor económico que adquiere la mujer en Bolivia a temprana edad y la autonomía que ello le da, así como el carácter igualitario del sistema de parentesco prevaleciente” (Ibidem). Entre las razones locales, “el status cambiante de la mujer boliviana a raíz de su migración a Buenos Aires (y) las limitaciones a que está sometida su participación en el mercado de trabajo argentino” (Ibidem). En resumidas cuentas, aquella modificación implicaría más bien una pérdida de la autonomía económica de la mujer y la consecuente pérdida de status.

Ahora bien, ¿cómo interpretar los datos producidos en mi trabajo de campo, en el cual mujeres como Blanca insisten en la transformación hacia una pauta de relaciones más igualitaria, no sólo en relación con la violencia doméstica, sino también en lo concerniente a las tareas del hogar, y a las relaciones afectivas cotidianas?²⁰

²⁰ Las diferencias entre la interpretación que daré y el citado trabajo de Balán pueden responder a numerosas causas. Por un lado, al problema y los objetivos perseguidos: mientras

Se trata de apuntar hacia el contexto sociosimbólico en el que adquieren significación los lugares sociales *objetivos*. Si, como sostiene Balán, no hay un cambio sustancial en el campo económico y financiero que favorezca a la mujer boliviana inmigrante, sí parece darse este cambio en los modos en que se percibe y valora el campo laboral, el propio lugar en él, y las posibilidades abiertas. Esta *percepción / valoración*, por lo demás, no puede pensarse separada de la nueva percepción / valoración de los papeles en los trabajos domésticos, en las relaciones conyugales y de parentesco, etcétera.

La situación posmigratoria implica un marco comparativo para las propias tradiciones, códigos, prácticas y valores culturales. Este marco en el que la comparación se vuelve una posibilidad, y acaso una exigencia, es fundamental para comprender aquellas resignificaciones y nuevas percepciones / valoraciones de la dinámica social. Las comparaciones pueden generar incluso imágenes que “no se correspondan con la *realidad*”, pero lo que importa es que *funcionen* en la revisión y reconstrucción de un lugar propio en aquella dinámica social.

El caso que veníamos siguiendo es elocuente. Blanca caracteriza con nitidez a la mujer y al hombre bolivianos y a la mujer y al hombre argentinos, y diseña un diagrama de relaciones combinando género y nación. Se definen dos pares de opuestos: la mujer boliviana y la mujer argentina, de un lado, y los hombres boliviano y argentino, de otro. Mientras aquella trabaja y puede afrontar su vida, la argentina “no trabaja”, “es holgazana”, “usa a su marido”, al que “le exige (de más)”, y hasta llega a “tener otros hombres”. La contraposición entre los hombres es complementaria de ésta. El boliviano “no cuida a su pareja”, mientras que el argentino sí; el boliviano es “más bruto en todo sentido”, y el argentino “es muy comprensivo” (y hasta “demasiado comprensivo” con su mujer argentina), entre otras diferencias en esa dirección. El diagrama parece desembocar en relaciones ideales al ligar a mujeres y hombres inter-nacionalmente. Más allá de esto, lo que nos importa es que los modelos de origen pueden ser desnaturalizados y puestos en entredicho cuando se los coloca en el marco comparativo.

En entrevistas con otras mujeres bolivianas (y también con mujeres peruanas) se señalan algunos de los cambios antedichos. Y coinciden también

Balán estudia “el papel de las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales” (Balán, *op. cit.*: 269) a mí me interesa aquí, resumidamente, el problema inverso, es decir, el papel de las migraciones en las diferencias de género. En segundo lugar, al hecho de tratarse de métodos y técnicas de recolección y análisis cuantitativos allí, y cualitativos aquí. Por otro lado, hay una variación importante en el recorte temporal: la investigación de Balán concluye a fines de los 80, y habría que sopesar la eventual importancia de lo que se conoce como “feminización de las migraciones” de los últimos años, entre otros factores. Por último, probables distinciones internas a los sujetos implicados en aquel trabajo y en este, que en ambos ensayos quedan subsumidas en una generalización: “las mujeres” y “los hombres” migrantes bolivianas/os, que seguramente habría que tratar con más detalle. De todos modos, también es posible que estas interpretaciones diferentes puedan ser complementarias, una vez efectuadas las precisiones y avances necesarios.

en describir a los esposos que no comprenden los cambios (por ejemplo, el que ya no se les pida “permiso para todo, para salir aquí o allí”) como “encerrados” en sus viejos códigos (“cree que todavía estamos allá”) y negados a ver y asumir el nuevo contexto. Se señala, asimismo, que los más jóvenes sí suelen comprender estos cambios, precisamente por ser más jóvenes, y muchas veces por haber llegado a la Argentina siendo niños.

De modo similar, estas transformaciones encuentran su correspondencia en los señalamientos hechos por varios entrevistados bolivianos varones. Un significativo punto de coincidencia general entre entrevistadas y entrevistados es el encadenamiento regular y reiterado de determinadas esferas (el trabajo doméstico, las “salidas”, el consumo masculino de alcohol y –en los relatos de las mujeres– la violencia doméstica), y la afirmación de una modificación de estas esferas en el contexto posmigratorio. Cuando los varones señalan estas transformaciones, lo hacen enseñando los efectos *positivos* sobre sus comportamientos y prácticas.

«En Bolivia yo era hombre: no sabía qué llevaba una comida. Acá empecé a cocinar, a comprar, a pelar, a ayudar... y ahora me encanta cocinar. Es diferente la vida... en Bolivia se toma (alcohol) un poco exageradamente: viernes, sábado y domingo... (Y acá) mientras no se pueda tomar, mucho mejor...»
(Domingo)

¿Cómo se hacen visibles los efectos de estas transformaciones en lo que atañe a nuestra problemática?

Respecto de la sociedad receptora, el relato mismo de la transformación muestra que ellos y ellas son bolivianos/as (o peruanos/as) pero que ya no se conducen, en algunos aspectos, según las normas y costumbres de allí, sino según las de aquí. Se expresa en torno de la dimensión de género un cambio que muestra un ajuste a las pautas locales, lo cual supone, si bien no el abandono o la negación, sí una revisión eventualmente profunda de la pertenencia identitaria nacional. La relevancia de esto no se agota en la verdad o la falsedad de lo enunciado en las entrevistas. El relato tiene efectos sobre las condiciones de enunciación, y coloca un marco de referencia novedoso que, como tal, es él mismo parte de aquella transformación. Afirmar la modificación de la pauta de relaciones conyugales, y la propia posición de género (sosteniendo los hombres, por ejemplo, el avance que conllevaría el aprender a cocinar y realizar tareas domésticas), supone aceptar un marco de referencia en el cual esa modificación es valorada positivamente ²¹, y esto necesariamente tiene consecuencias en la posición efectiva que se ocupe.

²¹ Lo cual puede verse reforzado por el hecho de que, en alguna medida, puede tratarse también de una adecuación a las expectativas que el entrevistado adjudica al entrevistador,

Con referencia a la sociedad de origen es como más claramente pueden observarse los efectos que los cambios en la dimensión de género tienen en la forma de ser boliviano/a o peruano/a. De manera reveladora se aprecia en la reseña de los regresos al país de origen, y de la incomodidad que despierta el “ya no encajar allí tampoco”. Es habitual que en las narraciones de retornos circunstanciales (por vacaciones o motivos similares) se describan las perturbaciones y dificultades producidas por el hecho de arrastrar con ellos/as rasgos distintivos de su nueva sociedad: modos de hablar, de vestir, etcétera. Cuando se trata de retornos que se proyectan más duraderos, o aun definitivos, la incomodidad viene dada por desajustes más estructurales, que hasta pueden frustrar tal proyecto. Estos desajustes producidos por el “acostumbramiento” a patrones, usos y procedimientos propios de la sociedad de destino son descriptos frecuentemente en clave de género (también de generación, y de calidad de vida). Haberse acostumbrado a “otro sistema de vida”, o haberse criado en él, se presentan como las causas de que las mujeres (o los jóvenes), por ejemplo, no encuentren, al menos rápidamente, su lugar en la sociedad de origen cuando retornan.

Los procesos de migración y los contextos posmigratorios también pueden ocasionar que dimensiones de identificación como el género se conviertan en categoría principal de interpelación. Entre finales de 2001 y principios de 2002 tuvo lugar en Buenos Aires la formación de la “Red de Mujeres Migrantes en Argentina”. La Red reúne a mujeres de procedencias nacionales múltiples. No obstante la vigencia que mantiene la dimensión de la(s) nacionalidad(es) entre sus integrantes, la Red coloca al centro la experiencia de género, y los cambios positivos y negativos de la migración son considerados en torno de ella. La Red se constituye así en un espacio donde se articulan modos diversos y comunes de “ser mujer”, y el género se proyecta como una dimensión de identificación social y de intervención pública²².

En síntesis, los eventualmente nuevos marcos sociosimbólicos de los contextos posmigratorios tienen una potencialidad contrastativa que, activada,

esto es, las expectativas de un miembro de la sociedad receptora, representante de un discurso con cierta legitimidad (la del saber científico/universitario), en el que determinadas posiciones de género son legítimas y otras no, etcétera.

²² La aparición de esta Red conduce también por otro camino a la cuestión de los marcos en que la significación de los fenómenos sociales se da, y a la participación de diversos agentes sociales en este proceso. Los primeros encuentros de estas mujeres fueron patrocinados por UNIFEM-Naciones Unidas; a partir de ellos se fundó la Red. Se abre en este punto una larga y profunda discusión acerca de los organismos internacionales, los movimientos sociales transnacionales, la expansión de una esfera pública a escala global y la relación de todo ello con la transformación de las agendas sociales y políticas a nivel local. ¿De qué modo nuevos marcos simbólicos y diversos actores sociales (muchas veces de escala transnacional) intervienen en las dinámicas identitarias en los contextos posmigratorios?

puede permitir revisiones de las formas propias de experiencia social. Concretamente, la experiencia de género puede verse modificada en este sentido, y generar tanto formas nuevas de vivir y representarse lo boliviano, lo kolla, lo argentino, etcétera, como formas igualmente nuevas en las cuales el género se convierta en la categoría de identificación/diferenciación central.

Conclusiones

Hemos podido observar variaciones de distinta índole en los procesos identitarios entre inmigrantes de países vecinos en la Argentina. Primeramente, procuré mostrar cómo algunos aspectos del asentamiento progresivo de “una colectividad” determinada puede producir mutaciones en las relaciones entre dos ejes identitarios: el nacional y el regional. Luego, vimos la función que en este sentido tienen las peculiaridades de espacios de recepción sociohistórica y culturalmente diferentes. Por último, se subrayó el modo en que la existencia de marcos simbólicos alternativos, y el contraste que ellos ofrecerían, podía alterar el significado y la experiencia de otros ejes como el género, a la vez que se señalaron algunos efectos de esta alteración. En cada uno de los tres casos se trata de mecanismos de dinamización relacional de los procesos identitarios que son específicos de los fenómenos migratorios y de los contextos de posmigración.

Los efectos de los cruces de fronteras físicas se dan sobre diferentes fronteras simbólicas. Las migraciones inter-nacionales, consecuentemente, pueden generar transformaciones en las fronteras simbólicas nacionales, pero pueden hacerlo también sobre otras fronteras y otras dimensiones identitarias. Como algunos autores han señalado, las identidades (o mejor, identificaciones) sociales son situacionales, lo que significa que las variaciones contextuales pueden generar transformaciones identitarias, puesto que se trata de procesos llevados adelante por diferentes agentes, mediante diferentes acciones y con diferentes propósitos ²³. Intenté mostrar efectos de este orden en contextos y situaciones específicos.

Al mismo tiempo, el análisis procuró diferenciar los complejos procesos de identificación social de esa suerte de “juegos de rol” con que algunos au-

²³ Susan Paulson, por ejemplo, observó el modo en que diferentes momentos y situaciones de la vida de una Boliviana de Mizque, Faustina, requerían / permitían el despliegue de identidades diferentes. Al cabo de un solo día su *femineidad*, su *identidad mizqueña*, su *identidad campesina*, o su *indigenidad* se ponían en juego con sus parientes y compadres, con el camionero que transportaba su mercadería, con las *cholas* que competían con ella en la venta de sus productos y, por último, con las compradoras, cada vez de manera particular en el campo, en el Mercado en Cochabamba, etcétera (cfr. Paulson y Calla, 2000).

tores parecen confundirlos. No es suficiente con indicar que en tal o cual contexto una identidad será “preferible” a otra, o más útil, efectiva o poderosa. Ni siquiera basta con señalar la “combinación” de dos o más ejes identitarios. El desafío estriba en comprender cómo en estos movimientos los diversos elementos están involucrados y articulados dialécticamente. Es decir, en comprender que las tensiones se mantienen y las resoluciones son siempre provisionales y que las partes componentes y el todo compuesto se definen recíprocamente.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, Teófilo e HIRABAYASHI, Lane Ryo, 1997, “The Construction of Regional Identities in Urban Latin America”, en ALTAMIRANO, Teófilo e HIRABAYASHI, Lane Ryo (editores), *Migrants, Regional Identities and Latin American Cities*. Society for Latin American Anthropology, Publication Series, Vol. 13.
- ANDERSON, Benedict, 1993, *Comunidades Imaginadas*. Fondo de Cultura Económica, México.
- ARCHENTI, Adriana y RINGUELET, Roberto, 1997, “Mundo de trabajo y mundo de vida: Migración, ocupación e identidad en el ámbito rural”, en *Papeles de Trabajo*, N° 6, Rosario.
- BALÁN, Jorge, 1990, “La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 5, N° 15-16, Buenos Aires.
- BENENCIA, Roberto y KARASIK, Gabriela, 1994, “Bolivianos en Buenos Aires: Aspectos de su integración laboral y cultural”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 9, N° 27, Buenos Aires.
- CAGGIANO, Sergio, 2001, “¿Bolivianos? en dos ciudades ¿argentinas?. Identidades sociales en procesos migratorios contemporáneos”, Informe Final para el Programa Regional de Becas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en el marco del Programa de Becas CLACSO-Asdi para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe 2000.
- CALDERÓN, Fernando y DANDLER, Jorge, 1986, “Movimientos Campesinos y Estado en Bolivia”, en CALDERÓN y DANDLER (comp.), *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado*. Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD)-Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES), Ginebra.
- CRENSHAW, Kimberle, 1991, “Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color”, en *Stanford Law Review*, 43: 1241-99.
- GILLESPIE, Marie, 1997, “Televisión, etnicidad y cambio cultural”, en *Causas y Azares*, n° 5, Otoño.
- GRIMSON, Alejandro, 1999, *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Eudeba, Buenos Aires.

- GRIMSON, Alejandro, 2000, "El puente que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad", en GRIMSON, Alejandro (comp.), *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Ciccus-La Crujía, Buenos Aires.
- JELIN, Elizabeth, 1999, "Introducción", en *Revista Internacional de Sociología*, N° 159.
- KARASIK, Gabriela y BENENCIA, Roberto, 1998-1999, "Apuntes sobre la migración fronteriza. Trabajadores bolivianos en Jujuy", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 40/41, Buenos Aires.
- PAULSON, Susan y CALLA, Pamela, 2000, "Gender and Ethnicity in Bolivian Politics: Trasformation or Paternalism?", en *The Journal of Latin American Anthropology*, Evanston.
- PORTES, Alejandro y BOROCZ, Jozsef, 1992, "Inmigración contemporánea: perspectivas teóricas sobre sus determinantes y modos de acceso", en *ALFOZ*, N° 91/92, España.
- VILA, Pablo, 2000, "La teoría de frontera versión norteamericana. Una crítica desde la etnografía", en GRIMSON, Alejandro (comp.), *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Ciccus-La Crujía, Buenos Aires.
- WOOD, Charles H., 1992, "Modelos opuestos en el estudio de la migración", en *ALFOZ*, N° 91/92, España.
- ZAVALETA MERCADO, René, 1986, *Lo Nacional-Popular en Bolivia*. Siglo XXI, México.

RESUMEN

Fronteras Múltiples: Reconfiguración de ejes identitarios en migraciones contemporáneas a la Argentina

Las migraciones contemporáneas aparecen como uno de los factores principales que dan lugar a procesos de reconfiguración de identidades sociales. En los contextos posmigratorios se dan modos singulares de transformación del papel de los ejes identitarios (nacionales, de clase, étnico-raciales, de género, etcétera), y de la relación entre ellos. En el presente trabajo, el autor da cuenta de algunas de estas transformaciones, desarrollando tres hipótesis diferentes y complementarias: 1) El asentamiento progresivo de «una colectividad» inmigrante conlleva transformaciones en el modo en que las dimensiones o ejes identitarios se vieron afectados por y se activaron en un primer momento del proceso migratorio. En determinadas condiciones, el reordenamiento producido, puede consistir en una recreación de funcionamientos identitarios similares a los del lugar de origen. 2) En el interior de un mismo estado nación, diferentes lugares de destino (i. e. diferentes espacios ambientales, históricos, económicos, sociales y culturales) producen distin-

ciones en el carácter que tendrán las dimensiones identitarias y en los modos en que se articulen. 3) En determinadas circunstancias, las transformaciones en la percepción, experimentación y valoración de ejes identitarios como el género se explican fundamentalmente en relación con el funcionamiento de un marco sociosimbólico nuevo que el contexto posmigratorio ofrece.

SUMMARY

Multiple Borders: Reshaping of identity axes in contemporary migration to Argentina

Contemporary migrations seem to be one of the main factors in reshaping social identities. In postmigration contexts, the role of identity axes (whether national, ethnic, racial or gender -or class-related) and the relation among them is transformed in singular ways. In this article, the author deals with some of these transformations by developing three different, complementary hypotheses, viz., 1) the progressive settlement of an immigrant «community» entails changes in the way identity axes were activated in an initial stage of the migration process and affected by it. Under certain conditions, the resulting re-ordering may result in a recreation of identity functions similar to those at the place of origin. 2) within the same nation-state different places of settlement (i.e., differences in environmental, historical, economic, social and cultural conditions) produce different kinds of identity dimensions and in the ways in which these articulate. 3) Under certain circumstances, changes in the way in which identity axes such as gender are perceived, experienced and valued, are explained essentially with reference to the functioning of a new social symbolic frame provided by the new postmigration context